

Miércoles II del TO
Ciclo B



17 de enero de 2024
1Sam 17, 32-33.37.40-51
Sal 143
Mc 3, 1-6
Eduardo Suanzes, msp

Hemos estado recorriendo estos días el inicio del Evangelio de Marcos con una serie de relatos en los que el evangelista muestra cómo Jesús ha ido creciendo en honor delante de la gente, con las curaciones que estaba haciendo, pero luego comienza el proceso de la pérdida del mismo al juntarse con pecadores, al comer con ellos, al tocar a los leprosos y acercárseles: el proceso de la pérdida del honor de Jesús ha ido creciendo hasta caer en lo más bajo, al ser criticado por los bienpensantes de la Ley por no respetar el sábado. Se cierra ahora el ciclo de pérdida de honor y enfrentamiento con la institución (con «lo viejo») con esta escena de la curación del hombre con la mano seca. Jesús violenta el sábado, nada menos que en la sinagoga, en la casa de Dios de las aldeas y pueblos¹.

¿Qué es lo que importa en una sinagoga? ¿El rezo de los salmos?, ¿la proclamación de la Torah?, ¿los diversos ritos piadosos? No. Lo que Jesús pone «*en medio*» (lo importante) es un hombre «insignificante» y su drama. En la casa de Dios hay un hombre con la mano tullida. Una atrofia que causa la imposibilidad a un hombre para ser hombre (no puede trabajar, no puede ganar honor-consideración, depende de los demás, no llega a ser un hombre en sentido autónomo y pleno). Jesús lo pone en medio: se fija en quien nadie se ha fijado y pone su problema a la vista de todos. Y les pide que prioricen (poner en medio) su atención hacia el drama de ese hombre. Pero «ellos», los hombres de Dios, no priorizan eso: priorizan la Ley («*están al acecho para ver si cura en sábado y poder así acusarle de pecador*»).

Jesús muestra ira, enojo, mostrando claramente el evangelista a Jesús indignado por la terquedad interesada de los «hombres de Dios» que, conociendo, en teoría, a Dios mejor que cualquier otro mortal, no quieren ver (porque no lo quieren aceptar) el amor inclusivo de Dios (rechazan esa boda de Dios con todos sus hijos²). Al poner la Ley por encima del bien del hombre están dañando al hombre y beneficiándose a sí mismos (la Ley les garantiza que son «justos»). Jesús es intolerante con esa manipulación de Dios.

Para Jesús, el hombre siempre es en-Dios, sea quien sea. Y por eso le pide al hombre que sea él mismo, que pierda el miedo y se fíe del amor de Dios que le da prioridad frente a todo prejuicio o norma; le pide que sea él mismo y que se atreva a extender su mano. Y el hombre enfermo (la enfermedad era tenida como una consecuencia del pecado) se siente sano, limpio, puro, amado, digno invitado en la boda amorosa de Dios, pierde el miedo a las normas que lo anulan, lo enjaulan, y se atreve a estirar su mano.

¹ SIXTO IRAGUI, *El Jesús histórico. Las comidas-encuentros con Jesús*. Madrid, 2009

² Recordar la actitud el maestresala de la bodas de Caná (Jn 2, 1-11)

El descenso de Jesús hacia el deshonor y la vergüenza culmina aquí. Se ha atrevido a relacionarse con los irrelacionables, ha valorado a los invalorables, ha amado a los inamables, se ha atrevido a insinuar o decir que eso es lo que Dios quiere, ha quebrantado el sábado. Su cupo de honor no sólo queda a cero, sino que es ya negativo. Fariseos y herodianos hacen desde aquí planes para eliminarle. Jesús no tiene ningún rango ni dignidad. Ni siquiera es digno de vivir.

La comida con publicanos y pecadores abrió esta catarata de sucesos que conduce a Jesús a la total pérdida de su estatus-honor ante los ojos de los garantes del orden social y religioso (entonces todo eso estaba unido). Pero esa breve escena de «comensalidad abierta», además, estaba expresando uno de los postulados básicos de la enseñanza de Jesús a lo largo de todo el evangelio: la renuncia al rango, al honor. Eso, junto con el amor al prójimo, constituye el eje del *ethos*³ predicado y vivido por Jesús. Esto es tan fundamental que impregna las acciones que Jesús realiza, emana de su propio comportamiento y, con ello, se convierte en enseñanza para todo el que quiera ser discípulo y seguir su camino (uniéndose, así, a las enseñanzas promulgadas al respecto por el maestro). Y también todas estas escenas de comidas ejemplifican adónde conduce ese camino: el reino de Dios. La comensalidad abierta es un signo ya presente de ese reino, de la pertenencia al ámbito de Dios; es ya una escatología realizada, un «tiempo final» que ya ha empezado y que es mostrado como una comida, una fiesta, una boda en la que Dios celebra su amor con todos sus hijos, incluidos los que son rechazados como tales por criterios humanos. Jesús perdiendo honor, consideración o estatus es una muestra del precio que hay que pagar para hacer realidad esa festiva y liberadora unión amorosa con Dios. Y este precio deberán pagarlo también los que quieran seguir su camino.

Frente a los excluidos, los pecadores y publicanos, los postrados, quedan aquí descritos en toda su crudeza los «duros de corazón», los encerrados en sí mismos y en sus conceptos mentales, los que «reinan» en la situación, en lugar de que «reine» Dios: «*En cuanto salieron los fariseos, se confabularon con los herodianos contra él para ver cómo eliminarle*».

Se marca en este punto el drama de la irrupción del reino de Dios: va a verse sometido a una lucha a muerte. Los letrados fariseos (símbolo de la institución religiosa) y los herodianos (la institución política) unen sus fuerzas para acabar con Jesús. La lucha va a ser contra el reinar de Dios. Los hombres de Dios contra Dios mismo. Por ello, en las escenas siguientes a esta del lisiado en la sinagoga, la proclamación del reinado de Dios será presentada, ya sin ambages, con los contendientes a rostro descubierto, como una lucha entre el bien y el mal, entre Dios y Satanás.

³ Forma de vida y comportamiento